

Fué la primera vez que supo este país cuáles eran las grandezas que la Europa está siempre diciendo que verterá á manos llenas sobre los desgraciados pueblos sin civilización y sin cultura.

Este era un país sin luz, y España se la dió; pero esta luz era la de las hogueras de Torquemada.

La luz había penetrado en estas regiones; pero la nobleza, la dignidad y todas las grandes pasiones de los hombres habían desaparecido, y la Independencia vino á sorprender á la Nación en el sopor del servilismo y la abyección.

Inmediatamente se abrieron nuestros puertos, y la virgen México ofreció á los extranjeros el oro de sus minas, sus campos, el cultivo de las artes y de los oficios, y más tarde la propiedad raíz, y todos los beneficios de los ciudadanos.

Era la diosa de la abundancia vertiendo oro sobre el primer recién venido. A nadie se le preguntó quién era, qué traía: solamente se miraban llegar familias enteras desterradas de su patria por el hambre y por la tiranía; se veían ojos con lágrimas, y ya era bastante título para esperar que se secasen. Pocos años después los recién venidos eran ricos como los reyes de sus tierras.

Hasta aquí nada malo había: quitarse el pan de la boca, y partirlo con el primero que pasa, ha sido siempre el placer de los mexicanos; porque nosotros que no buscamos la gloria del exterminio y de la muerte, somos felices cuando salvajes ejercemos la caridad con los hombres de la civilización, y nos parece más bello hacer que decir el Evangelio.

Pero empezaron las reclamaciones, y justo es que diga yo algo sobre este escándalo diplomático.

Cuando un pobre diablo cualquiera no sabe trabajar, espera con paciencia, ó busca por medio de conspiraciones ó de escándalos, que la policía se fije en él y lo destierre ó aprisione. Cualquiera creería que este individuo debía recibir un castigo fuerte, pues el extranjero que va á turbar la tranquilidad de una nación que le dá el pan que come, es un criminal que en todas partes se castiga con el más grande rigor de las leyes; pero quien así pensara se equivoca, pues entre nosotros el bandido pide á poco tiempo una indemnización porque se le castigó dulcemente, y su ministro y su país lo apoyan, porque somos una nación débil, y *ha sido siempre propio de los cobardes* doblar la frente ante los fuertes y erguirla ante los pequeños.

Si en alguna conmoción popular ó por cualquiera otra circunstancia sufre algún daño el extranjero, no sólo goza todos los derechos de los ciudadanos, sino que además se le debe dar una indemnización; porque es necesario que la Nación que ha sido para ellos *un hospicio de pobres cuando llegaron mendigos*, sea cuando han llegado á su opulencia una casa de seguros.

Y hemos visto el escándalo increíble de que los extranjeros que en todas partes y muy naturalmente, ni siquiera gozan de todos los

derechos de los ciudadanos, aquí se eximen de todos los cargos, rehúsan pagar las contribuciones, y exigen al gobierno la reparación de los males necesarios que soportan.

Vimos á una escuadra venir á exigir el pago de unos pasteles!!

Pero nosotros con un espíritu conciliador de paz y de amistad, pasábamos por todo, y los extranjeros insolentados creíanse nuestros señores y sus ministros los árbitros de los destinos del país: ellos tomaban parte en nuestras discusiones políticas, y como los dioses de Homero ayudaban en las victorias á los contendientes, servían de refugio á los criminales, y no desdeñaban el papel de espías: todo lo hacían si se les pagaba bien.

Un ministro como el Sr. Wyke llegó á parecer un milagro.

Tal era nuestro estado cuando aparecieron las primeras nubes en el cielo de la Legación Prusiana.

El señor Ministro de Prusia antes de la invasión casi era desconocido. Cuando se preguntaba por él se contestaba: "es un señor amable que dió un espléndido baile; tuvo el gusto de convertir su pequeña casa en un edén de luz y de placeres; nuestras bellas mexicanas tuvieron la amabilidad de deslumbrar en su fiesta; y debe estar agradecido hacia un país que tan bien trata á los súbditos prusianos, y que con tales muestras lo ha acogido con motivo de su elegante *soirée*."

Pasado el tiempo, aun el baile se olvidó; y sólo los paseadores de la alameda podían verlo, que del brazo de Mr. de Saligny, *de ilustre fama*, cruzaba bajo la bóveda de esmeralda de los fresnos.

La compañía era mala; pero tal vez compromisos diplomáticos, la etiqueta, ó cualquiera otra causa lo hacían mostrar tan á las claras su buena amistad con un Ministro que tan patentemente se nos mostraba hostil.

Porque no se podía esperar ningún mal del Sr. Wagner, puesto que no tenía sino motivos de gratitud para México, y ninguna causa política que lo hiciera trabajar en contra de este país. Nuestras relaciones con Prusia son muy insignificantes; y sólo quedaba á nuestro Ministro hacer bien á un país desgraciado, que es la política de los corazones que laten en los pechos de los Sres. Prim y Wyke, que es la política de la humanidad, la política de las almas grandes.

Pero más tarde y á causa del paseo que en la plaza se pone en los primeros días de Noviembre, vimos al Sr. Wagner departiendo amistosamente con el Sr. Saligny que *embriagado ó no*, había lanzado alguna injuria á una de las señoras que en el salón estaban.

El Sr. Saligny se había portado como un hombre poco galante y como un cobarde, pues tal es quien insulta á una señora.

Ningún mexicano hubiera acompañado en ese feo paso al ministro francés, ni hubiera seguido sonriendo con él en público después de tan desagradable lance, porque hubiera parecido cómplice de *esa poca decencia y de esa mucha cobardía*. Pero tal vez piensa de otro

modo el Señor Ministro, y no vaciló un momento en seguir en su compañía.

Entonces nos empezamos á fijar en él, y él se encargó de que no lo olvidáramos, haciendo caer día á día una lluvia de notas quejosas sobre el Ministro de Relaciones.

No necesito enumerar las reclamaciones injustas que repentinamente se dirigían á nuestro Gobierno por el Sr. Wagner, porque nadie ignora con qué tezón este señor procuraba molestar, y en momentos que eran ya de angustia para la nación, pues la invasión había colocado ya su planta en nuestras playas.

En lugar de mediar como lo hacen los ministros caballerosos y amigos, hería al Gobierno con piquetes de arfiler, ya que de otra manera no podía hacerlo, el Señor Ministro que con complacencia daba en su casa refugio á los enemigos más encarnizados de nuestra independencia y de nuestra libertad. Y que no nos diga el diplomático sagáz que estaba en su derecho para cubrir con su pabellón á los desgraciados; que no nos cite los ejemplos mil y mil veces repetidos en todas las naciones, de ministros que salvaban á infelices que, á causa solamente de opiniones políticas, no tenían otra perspectiva que el suplicio; porque entre semejantes ministros y el Sr. Wagner no hay un solo punto de comparación: los primeros, obrando guiados por la humanidad, lograron arrancar algunas víctimas inocentes de sus hermanos fraticidas, y algunas manchas de sangre del libro de la historia de los pueblos; mientras que el Sr. Wagner encubría á los que él sabía que trabajaban por la traición á su patria. Y que se atreva á dirigir un mentís al Ministro Billault que es quien ha hecho la revelación de que los hombres de la administración pasada, que eran los que escondía M. Wagner, eran los que en sus diversas administraciones habían pedido como la única tabla de salvación la intervención armada de la Francia. Pero si tan respetable autoridad, como el Ministro sin cartera, no le parece bastante prueba al Sr. Wagner, aún le daremos otra. El Sr. Wagner ha acogido en su casa á alguno que ha sido fusilado por traidor.

A semejantes hechos no hay contestación posible.

Pero volviendo á las reclamaciones, citaremos como ejemplo dos solamente.

El Sr. Wagner ha dirigido una nota á nuestro Gobierno, en que se quejaba de que las calles no tenían bastante luz, que había necesitado, por esta causa, de que su criado lo acompañara guiándolo con su farol por la calle de Ortega; y se queja también de que estaba la calle tan sola, que un hombre que se acercó á pedirle la lumbre pudo haberlo asesinado.

Señor Ministro: ¿Tendría vd. la bondad de decirnos de cuál fuente del derecho de gentes ha sacado vd. la obligación que tienen los países de alumbrar espléndidamente las calles por donde pasan los ministros extranjeros? ¿Acaso de la recta razón? ¿Acaso de los

tratados? ¿Acaso del uso común á los pueblos civilizados? ¿Acaso de las ordenanzas? ¿Acaso de las sentencias de los tribunales, de las comisiones mixtas ó de la opinión de los mejores autores? Yo no conozco otra fuente del derecho de gentes, y desafío á todos los ministros de Prusia á que saquen de estas, la obligación que tienen las naciones de alumbrar con gas las calles de la ciudad.

El Señor Ministro se mostraba en esto ya no solo malévolo, sino aún ignorante; lo cual las más veces trae el ridículo.

Y en cuanto á la soledad de la calle, ¿qué quiere el Sr. Wagner, que los ciudadanos de día y de noche anden en la calle para que no se encuentre solo, y vaya á pedirle la lumbre un hombre que en soledad pudo matarlo? Hay cosas que no tienen otra contestación que la risa.

Y qué, Sr. Wagner, un hombre que pudo mataros y no lo hizo ¿no os prueba que era más honrado que el que se atrevió á sospechar de él?

Según el Sr. Wagner nunca pudo tener ministros extranjeros en su seno la Francia de hace siglos, puesto que entonces tenían los reyes mismos que fortificarse en los palacios de París para que no los robaran y no había alumbrado espléndido, ni siquiera cómodas banquetas; y sin embargo la historia que ha conservado todas estas noticias, no cuenta que los ministros extranjeros hicieran reclamaciones, porque aquellos eran tiempos afortunados en que se ahorcaba á los mismos enviados de la corte de Aviñón.

Es una lástima, Sr. Wagner, que la historia se una á la razón y á la justicia para burlarse de vuestras reclamaciones.

La otra reclamación de que hablamos, se redujo á intentar que los súbditos prusianos quedaran libres del pago de la contribución de dos por ciento.

A esto se contestó al Señor Ministro diciéndole: "que los extranjeros tenían las puertas abiertas para irse siempre que les pareciesen gravosas las leyes del país"; y á tan rudo golpe se añadió la nota atenta y estudiada del Sr. Corwín, en que confesaba que no consideraba á los ciudadanos de la América del Norte exentos del pago de esa contribución.

Después se siguieron los acontecimientos que todo el mundo sabe; se rompieron los pactos de la Soledad, y reembarcadas las tropas españolas é inglesas, marcharon los franceses sobre Puebla, y allí encontraron un ejército de ciudadanos libres, y su bandera huyó en alas de sus águilas heridas, ante un puñado de soldados reclutas, pero veteranos ciudadanos.

Después vino el descalabro de Barranca-Seca y la desgracia del cerro del Borrego, y el público que había ya notado con disgusto que de la Legación de Prusia salían algunas malas noticias, advirtió que estas salieron también de allí, y que había algo de regocijo al referirlas.

Pero pronto supimos por boca del Ministro Billault, que un Mi-

nistro amigo (el Sr. Wagner) hacía saber al Emperador que la idea monárquica dominaba en este país, en que día á día se cometen violencias, robos y asesinatos de extranjeros.

El Sr. Altamirano y el Sr. Iglesias han contestado ya en dos folletos, diciendo al calumniador: "señalad los hechos, probadlos, enumeradlos siquiera, ó mentís!!"

Palabras duras, es verdad; pero dignas y merecidas, porque es fácil calumniar, pero es difícil probar la calumnia.

Vd. ha visto, señor Ministro, que los extranjeros que vienen á este país, son tratados con prodigalidad, y que basta ser extranjero para obtener toda clase de consideraciones; V. lo ve diariamente en la persona del Sr. Jecker, que es un escándalo que aún no haya sido ahorcado; V. ha visto que al presentarse los aliados y ocupar nuestro territorio sin una declaración de guerra, como sólomente lo hacen los piratas, nosotros hemos seguido tratando á los franceses como á hermanos, y toda la prensa se ha esforzado en separar de ellos una mancha que se hacía caer sobre el Emperador para que no cayera sobre la Francia; V. ha visto que ocupadas alevosamente nuestras villas, no hemos arrancado de nuestro territorio, como hubiéramos debido, á los súbditos de Napoleón; sino que al contrario, en esos mismos días se les veía en las oficinas arreglando sus negocios, y eran atendidos como los mismos mexicanos; V. ha visto, en fin, señor, que cuando las legiones del imperio mordían el polvo en Puebla, todos los mexicanos locos de ventura querían solemnizar tan fausto acontecimiento, y que nada se hizo para que no pudieran padecer algo los extranjeros. Todo les sacrificábamos; desde nuestras riquezas hasta nuestra gloria. V. lo veía, y á pesar de todo, el ministro de Prusia que sabía cuánto pesaba en la balanza de los acontecimientos su información, por el carácter que tiene, no dudó en sacrificar á una nación que ningún mal le ha hecho, en aras de quién sabe qué demonio que lo inspira.

¿Es esto noble? ¿Es esto siquiera decente? No debía ser esta la última mancha que sobre la Legación cayera.

Ya todos saben que cuatro individuos fueron en cuadrilla, *como van los bandidos*, á asaltar al Sr. Altamirano, y que dos lo atacaron cobardemente con la intención de marcarlo con la arma prohibida que llevaba uno.

Afortunadamente no lograron su objeto; pero un criado de la casa está mortalmente herido y por detrás, **POR EL SECRETARIO DE DICHA LEGACION.**

Hablaré claramente: á nombre de la patria y tal vez en sus instantes de agonía, pido que los franceses que todo han recibido de nosotros, que no han tenido en su seno sino muy pocos individuos que se atrevan á desmentir á los que los pintan asesinados y como en una selva de bandidos, que diariamente dan noticias y auxilios al invasor, y que, no nos hagamos ilusiones, sonrién ya y descaradamente á nuestra perdición, sean expulsados del país: nos autori-

za á ello su conducta ingrata, y la política de traición y felonía que su nación ha seguido con nosotros.

En cuanto al Ministro de Prusia, que se le den sus pasaportes. La dignidad de la nación lo exige. Su parcialidad en contra nuestra nos obliga á ello: no hacerlo sería una debilidad y una cobardía; sería más, sería una infamia soportar una legación que *no ha temido mancharse con un conato de homicidio*.

Advertimos que no hablamos de los colonos franceses pacíficos y laboriosos que se hayan portado bien, ni de ningún otro extranjero que se encuentre en igual caso.

Que el gobierno cuente con toda la juventud: todos estamos prontos á afrontar las consecuencias de esa medida: sólomente pedimos ser las primeras víctimas, Ignacio Altamirano y yo.

Concluiré preguntando al Sr. Wagner: ¿quiénes son los asesinos, los mexicanos **O LOS QUE CUBIERTOS TRAS UNA LEGACION VAN DOS CONTRA UNO A PRETENDER LLEVAR A CABO UN HOMICIDIO?**

México, Agosto de 1862.

Alfredo Chavero."

**

Ya que no hubo acción notable entre mexicanos y franceses en un largo periodo de tiempo, mientras por orden de fechas llego á esos combates; y ya que puse un paréntesis en mi Reseña, para dar á conocer al mundo el acto infame del Sr. Ministro de Prusia, permítaseme que cierre ese paréntesis relatando el sainete que en Orizaba representaba Don Juan N. Almonte, declarándose por sí y ante sí, Jefe Supremo de la Nación, quien inauguraba su Gobierno imponiendo un préstamo de *quince millones de pesos*, pretendiendo que el comercio recibiera en cambio unos papeles que aquel llamaba: "Bonos del Tesoro."

El comercio de Veracruz recibió *tan bien* al nuevo Gobierno y á su sencillo sistema hacendario, que prefirió cerrar las puertas de sus establecimientos, á admitir en su compañía los famosos Bonos. Después de algunas medidas coercitivas, el titulado Gobernador del Departamento logró que el comercio restableciera sus ope-